

FORMAR PARA TRANSFORMAR

Hoy se afirma y se repite que la principal riqueza de un país radica en los conocimientos de la gente.

*Continuamente nos asoman al asombro del desarrollo de Japón, un país de montañas y terremotos, que no tiene ni petróleo, ni hierro, oro o aluminio, pero que tiene un extraordinario sistema educativo, y por ello es un país pobre con gente rica en contraste con Venezuela, un país muy rico y con gente muy pobre. Pocos autores son hoy citados como Peter Drucker, quien insiste en su obra *La Sociedad Postcapitalista* que el verdadero recurso dominante y factor de producción absolutamente decisivo no es ni el capital, ni la tierra, ni el trabajo, sino que es el conocimiento.*

Si queremos acceder a un desarrollo sostenible, hay que levantar la educación del colapso en que se encuentra, hay que invertir en capital humano y emprender una profunda reforma educativa en procura de una educación de calidad.

Por otra parte, si nos apeamos del ofensivo mundo de la retórica y las buenas intenciones, constatamos que Venezuela languidece en las garras de una crisis global y estructural. Las medidas de ajuste tomadas para salir de ella han hundido en la pobreza y en la miseria al 85% de los venezolanos, que cada día ven más lejano el acceso a servicios esenciales eficientes, entre ellos, el de salud y educación. En definitiva, parecemos atrapados en un círculo vicioso inexorable: para salir de la crisis necesitamos de una mejor educación, pero la propia crisis impide dedicarle los recursos necesarios y hace que ella sea cada vez peor.

FORMACIÓN, ¿MÁS DE LO MISMO?

En esta encrucijada de proclamas y realidades, cuando se analizan los bajos niveles de la educación, siempre se subraya la pobre formación de los educadores y se concluye en la necesidad de formarlos. Muy a tono con el paradigma cultural imperante, el problema de mejorar la calidad de la educación y de formar a los docentes... se concibe como un problema de **consumo**. Los docentes tienen que consumir cuanto curso se les ocurre a los planificadores de oficio y también a los que ven la oportunidad de lucrarse con ellos, pues con una ingenuidad sorprendente se equipara costo con calidad, situación que están aprovechando los comerciantes y mercaderes que están penetrando cada vez con más fuerza en la educación. La proliferación de escuelas e institutos privados en casas rápidamente malacomodadas para ello, verdaderas jaulas de muchachos, donde se degrada la labor educativa al desarrollo de la habilidad para pasar exámenes, es otra muestra de la penetración mercantil de la educación, que se apoya en el colapso de la educación pública ¿Habrán caído en la cuenta los gremialistas

de que, en gran medida, son ellos los que están acabando con la educación pública? El Reglamento del Ejercicio de la Profesión Docente, en el que se clasifica y pondera al docente fundamentalmente por la cantidad de certificados de cursos que tenga acumulados, ha llevado a disparar la espiral de consumo de cursos. Los docentes buscan en ellos, no tanto la cualificación de su enseñanza, sino el certificado o el título. De ellos suelen salir con un discurso renovado, que repite sin el menor asomo de criticidad las nuevas teorías consumidas, y en las aulas siguen enquistadas las viejas prácticas. Algo periclitado está sucediendo con la increíble proliferación de postgrados, que en su mayoría sólo sirven para alimentar el ego del docente, y para agrandar la distancia entre él y sus alumnos, ya que el nuevo título, en vez de capacitarlo para acercarse y comprender mejor al educando, se utiliza como una especie de pedestal donde se monta el docente, y desde allí suelta su palabra cada vez más incomprensible y más lejana.

Formar adecuadamente al docente supone un cambio radical para transformarlo de consumidor de cursos, guías y talleres, y repetidor de conocimientos y teorías, en productor de conocimientos y de soluciones a las situaciones problemáticas que le plantea la práctica. Hay que convertir al docente en el sujeto de su formación-transformación, si en verdad queremos incidir en la calidad de la educación y de las escuelas. Esto supone transformar profundamente la manera de pensar, la manera de ser y la manera de actuar del docente, pues está claro que, si uno explica lo que sabe o cree saber, **uno enseña lo que es**. Esta transformación pasa por un proceso de “deseducación”, de revisión crítica de concepciones y práctica. La idea es ir construyendo una nueva subjetividad abierta al cuestionamiento y al crecimiento personal, a la crítica reflexiva, al diálogo, a la tolerancia, a la diversidad, y el desarrollo integral de las propias potencialidades. Para enfatizar esto, me gusta repetir que toda genuina formación supone una pro-

Antonio Pérez Esclarín

El reto es lograr docentes que investiguen y reflexionen en la acción y sobre la acción para transformarla y transformarse

funda transformación. Frente a la degradación del hecho formativo, que se reduce a la adquisición de algunos conocimientos y el desarrollo de determinadas destrezas y habilidades, es necesario concebir la formación como un proceso de liberación individual, grupal y social. Formarse será fundamentalmente construirse, planificarse, inventarse, llegar a desarrollar todas las potencialidades. Hablemos entonces de un proceso de construcción permanente de la personalidad y de un pensamiento cada vez más autónomo, capaz de aprender continuamente, para así poder enseñar en el sentido integral de la palabra.

De ahí que una genuina propuesta formativa debe asumir una metodología que supere la concepción bancaria de formación y privilegie la reflexión sobre el ser, sobre el hacer y sobre el acontecer, sobre la persona del docente, sobre su acción pedagógica cotidiana y su impacto transformador, de modo que el centro educativo se vaya asumiendo como un espacio para la reflexión, para aprender a reflexionar y para aprender a enseñar. El maestro y profesor deben comprender que la escuela, liceo o universidad no son tanto el lugar donde él va a enseñar, sino que es el lugar donde él va a aprender a enseñar. La práctica y la reflexión sobre ella es el elemento primordial para construir el proceso de la propia formación-transformación. La práctica educativa tiene que entenderse como un proceso de investigación, más que como un procedimiento de aplicación. La escuela, el liceo y la universidad, más que ofrecer información, deben provocar su reconstrucción crítica, su propia y permanente transformación. El reto es lograr docentes que investiguen y reflexionen en la acción y sobre la acción para transformarla y transformarse. Docentes que cuestionen continuamente lo que hacen, aprenden de ese cuestionamiento, y el nuevo aprendizaje promueve cambios cualitativos en su actuación. Docentes que someten a una crítica severa su relación con el saber, con el enseñar y con el aprender.

De ahí, que la propuesta formativa debe orientarse a lograr docentes que, más que aplicar conocimientos y rutinas burocráticas, sean capaces de pensar sobre el país, sobre la educación, y de pensarse como docentes. Un pensamiento, por supuesto, que promueva cambios, que vaya generando soluciones. En definitiva, la propuesta formativa se debe orientar a hacer del docente un educador, un instigador del hambre de aprender de sus alumnos, y un agente democratizador. Formarlo como persona, como profesional de la enseñanza y como ciudadano y promotor de ciudadanía. Formarlo para que enseñe a ser, enseñe a aprender y enseñe a convivir.

FORMAR DOCENTES QUE ENSEÑEN A SER

Toda propuesta formativa debe pretender en primer lugar construir la **identidad de educador**. La mayoría de los docentes ejercen su profesión como meros dadores de clases y programas, sin haber tenido la oportunidad de asomarse a las honduras de lo que significa educar. La propia sociedad, si bien en ciertas oportunidades y celebraciones se monta en la retórica para hablar del maestro como apóstol y formador de futuro, considera la profesión docente entre las menos atractivas y valoradas y trata a los maestros como ciudadanos de tercera categoría. Por ello, si bien todos exigen el mejor maestro para sus hijos, muy pocos aceptan que sus hijos sean maestros.

Ser maestro, educador, es algo más complejo, sublime e importante que enseñar biología, lectoescritura, electrónica o historia. Educar es alumbrar personas autónomas, libres y solidarias, dar la mano, ofrecer los propios ojos para que otros puedan mirar la realidad sin miedo. El quehacer del educador es misión, y no simplemente profesión. Implica no sólo dedicar horas, sino dedicar alma. Exige no sólo ocupación, sino vocación.

La educación implica una tarea de liberación y de responsabilización. El educador tiene una irrenunciable misión de

Educar es alumbrar personas autónomas, libres y solidarias, dar la mano, ofrecer los propios ojos para que otros pueden mirar la realidad sin miedo. El quehacer del educador es misión, y no simplemente profesión. Implica no sólo dedicar horas, sino dedicar alma. Exige no sólo ocupación, sino vocación

partero de la personalidad. Es alguien que entiende y asume la transcendencia de su misión, consciente de que no se agota en impartir conocimientos o propiciar el desarrollo de habilidades y destrezas, sino que se dirige a formar personas, a enseñar a vivir con autenticidad, es decir, con sentido y con proyecto, con valores definidos, con realidades, incógnitas y esperanzas. La vocación docente reclama, por consiguiente, algo más importante que títulos, cursos, diplomas, conocimientos y técnicas. Presupone una madurez honda, coherencia de vida y de palabra. Esta coherencia es imposible sin un cuestionamiento permanente del propio proyecto de vida y de los valores que lo sustenten. Sólo quien reconoce sus limitaciones, sus propias contradicciones, sus carencias, y las acepta como propuestas de superación, de crecimiento, es decir, de formación, será capaz de recibir amor y podrá darlo, será capaz de aprender y por ello de enseñar. El que cree que lo sabe todo, el que se coloca con autosuficiencia frente al alumno, el que piensa que no necesita de los demás, será incapaz de establecer una verdadera relación comunicativa, será incapaz de entender la necesidad de su propia educación, será, por ello, incapaz de educar.

FORMAR DOCENTES QUE ENSEÑEN A APRENDER Y APRENDAN AL ENSEÑAR

En su obra póstuma, **El primer hombre**, Albert Camus recuerda la escuela y los docentes de su infancia, y escribe: "En la clase del Sr. Bernard por lo menos la escuela alimentaba en ellos un hambre más esencial para el niño que para el hombre, que es el hambre de descubrir. En las otras clases les enseñaban sin duda muchas cosas, pero un poco como se ceba

La formación supone afianzar en los docentes una serie de principios pedagógicos esenciales como actividad, trabajo, curiosidad, realidad... y, el más importante de todos, afecto. Es imposible ser efectivos si no somos afectivos

a un ganso. Les presentaban un alimento ya preparado, rogándoles que tuvieran a bien tragárselo. En la clase del Sr. Bernard, sentían por primera vez que existían y que eran objeto de la más alta consideración: se les consideraba dignos de descubrir el mundo”.

Este texto de Camus pinta genialmente el genuino maestro que, más que impartir y exigir la memorización de paquetes de conocimientos, es capaz de despertar en sus alumnos el hambre de aprender, de descubrir, de estar en permanente búsqueda del saber. El verdadero maestro, más que imponer la repetición de fórmulas, conceptos y datos, orienta a los alumnos hacia la creación y el descubrimiento, lo que implica crear un ambiente de aprendizaje que estimule el deseo de aprender, la creatividad, el trabajo, la convivencia... No se trata, por consiguiente, de decirles a los docentes cómo tienen que enseñar, sino de proponerles experiencias pedagógicas enraizadas en los valores y modelos que se pretenden. Aquí radica, a mi modo de ver, una de las contradicciones más graves de la mayor parte de las actuales escuelas de educación y pedagógicos, que asfixian con su práctica las teorías que proponen y mandan recitar a los alumnos. Los futuros maestros aprenden y asimilan no lo que les dicen los profesores y ellos escriben en sus exámenes, sino la práctica que experimentan en el salón de clases. Por ello, no enseñan como les dijeron que había que enseñar, sino que enseñan como les enseñaron a ellos.

La concepción de formación que estamos proponiendo supone afianzar en los docentes una sede de principios pedagógicos esenciales como actividad, trabajo, curiosidad, realidad... y el más importante de todos, **afecto**. En educación es imposible ser efectivos si no somos afectivos. Ningún método, ninguna técnica, ningún currículum por abultado que sea, puede reemplazar el afecto en educación. Querer a todos los alumnos, en especial a los que tienen más carencias y problemas. Querer al alumno supone creer en él, en sus capacidades,

tener expectativas positivas sobre sus posibilidades, alegrarse de sus avances y logros aunque sean parciales, respetar su ritmo y modo de aprender, valorar su esfuerzo personal, su autonomía, y estar dispuesto a tenderle siempre la mano para que vaya tan lejos como le sea posible en su crecimiento y desarrollo. No se trata de comparar a los alumnos entre sí, sino de poner a cada uno a competir consigo mismo, de modo que, más que competitivos, todos se hagan competentes. Esto implica transformar radicalmente la práctica común de evaluación, que ya no puede seguir siendo un mecanismo de clasificación, control y sanción, sino un medio eficaz para conocer al alumno y su modo de aprender, y así poderlo **ayudar con eficacia**. Si el alumno siente que el docente intenta ayudarlo y no lo considera su adversario, le abrirá sus necesidades y dificultades para, con su ayuda, poderlas superar. Así como cuando uno va al médico no le oculta sus dolencias, por graves que sean, porque va precisamente en busca de ayuda, y está convencido de que el médico quiere ayudarlo, del mismo modo debemos trabajar en el docente la convicción de que él está allí para sanar las dificultades de aprendizaje de cada uno de sus alumnos.

Ahora bien, si queremos formar docentes que enseñen a aprender, ellos deben ser capaces de aprender de su enseñanza. El docente que ha dejado de aprender, se convierte en un obstáculo para el aprendizaje de sus alumnos. Necesitamos formar docentes que sean capaces de entender el ejercicio de la docencia como un proceso de experiencia-reflexión-acción, de investigación en la acción y de la acción, y de asumir las aulas y centros educativos como verdaderos laboratorios. Esto supone asumir una actitud de reflexión y cuestionamiento permanente, de modo que sean capaces de sistematizar y teorizar su práctica. Esta primera teoría, fruto de la reflexión y sistematización de su hacer, debe ser confrontada

con la de sus compañeros y con las teorías más elaboradas de los especialistas (de ahí que es inconcebible un docente que no lea mucho y se actualice), pero ya no para repetir lo que ellos dicen, sino en un verdadero diálogo de saberes que va enriqueciendo, cambiando, profundizando la teoría que, a su vez, promueve nuevos cambios en la práctica. Teoría y práctica se reconstruyen permanentemente en un proceso inacabado, proceso de búsqueda, experimentación y acción.

FORMAR EDUCADORES QUE ENSEÑEN A CONVIVIR

(En un artículo anterior, **Por una escuela democrática**, publicado en SIC, N° 587, desarrollé más ampliamente estas ideas que ahora sólo esbozo).

La tercera dimensión que, a mi modo de ver, debe asumir una genuina propuesta formativa es la de preparar profesionales crítica y activamente comprometidos en la gestación de una democracia de calidad, sin excluidos ni perdedores, por eso, democracia política, económica y social.

Si la educación que hoy domina y se propone no prepara a los estudiantes para la cooperación sino para la competencia, la educación en y para la democracia debe enseñar a trabajar y aprender en colectivo, a proponer, a escuchar, a dialogar, a colaborar. Esto supone unos centros educativos que sean ellos mismos verdaderas comunidades democráticas, semillas y también ya espejos de la sociedad que buscamos y queremos. Sociedad que permita a todos una vida digna, que respete las diferencias individuales, de género, raza, culturales y religiosas sin convertirlas en desigualdades; que posibilite y promueva la participación en la toma de decisiones y en la vida cívica y política cotidiana. Una sociedad que reconozca la diversidad como riqueza y considere el desarrollo humano como la base de todo desarrollo. □

Antonio Pérez Esclarín es Director del Centro de Formación P. Joaquín de Fe y Alegría y miembro de CEPAP-UNESR